

Muestra texto original La fotografía de García Rodero
LA FOTOGRAFÍA DE GARCÍA RODERO: EMOCIÓN, IDENTIDAD Y MEMORIA

Florentino Moreno Martín

Universidad Complutense de Madrid

La memoria en ocasiones es perezosa. Necesita apoyos para evocar situaciones enterradas en el olvido. La fotografía es una de las muletas en las que se apoya un tipo de memoria llamada episódica, que funciona como un hangar en el que la psique almacena la información que tiene un significado de carácter personal. Cuando ojeamos el álbum familiar o escurramos en el arcón de las fotos viejas, se pone en marcha la sala de máquinas de esta memoria biográfica. A veces con resultados sorprendentes, pues las instantáneas no siempre evocan los mismos hechos ni provocan las mismas sensaciones. Algunas de las fotografías de nuestro círculo más íntimo, sólo algunas, activan recuerdos que pensábamos perdidos. Lo expresa muy bien el conocido arranque de la canción de Luz Casal: "Cada vez que veo tu fotografía descubro algo nuevo que antes no veía". Esta recuperación de vivencias ante algunos de nuestros tesoros fotográficos privados es un fenómeno común. Lo que no es tan frecuente es que nuestra memoria biográfica active emociones íntimas contemplando fotos en las que aparecen personajes desconocidos. Ese es el efecto que producen las fotografías de Cristina García Rodero. Una extraña familiaridad que puede definirse de varios modos, aunque todas podrían concentrarse en un sustantivo: arte.

Algunos de los procesos psicológicos mediante los cuales recuperamos información almacenada en la memoria eran ya conocidos en la Grecia clásica y se utilizaban en la formación de los oradores. Desde entonces sabemos que para poder recordar algún dato o vivencia debemos almacenarlo acompañado de algo que nos sea familiar para que nos ayude a evocarlo, una boya amigable de la que tirar para recuperarlo. En la asociación de los contenidos del discurso con imágenes familiares basaba Cicerón su método retórico para recordar. La psicología moderna ha sistematizado con rigor estos procesos de aprendizaje y ha descubierto que por mucho esfuerzo que hagamos en archivar nuestros recuerdos con asepsia de bibliotecario, en el gran almacén de la memoria a largo plazo los hechos se enmaridan con quien les viene en gana: con un objeto, un olor, un sonido... Esto explica por qué al intentar recordar explícitamente algo, evocamos otras cosas que no deseábamos; o a la inversa, un concepto, un aroma, una canción, nos hacen recuperar cosas del pasado que no estábamos buscando. Este fenómeno que se describe como memoria implícita se ha estudiado profusamente con docenas de experimentos. En uno de los más conocidos se pidió a dos grupos de personas que memorizaran un listado de 40 adjetivos con sus respectivos antónimos. Uno de los grupos leyó el listado en una habitación impregnada de un agradable olor a chocolate. Al día siguiente las personas se situaron en distintas salas. En una de ellas se incrementó la intensidad del aroma del día anterior lo que aumentó a su vez la eficacia del recuerdo. El olor a chocolate se incorporó a las palabras actuando como un piloto en la oscuridad (Schab, 1990). Las fotos de García Rodero, como el chocolate del experimento, tienen un efecto activador. Al contemplarlas volvemos a vivir experiencias por las que es probable que no hayamos pasado, pero que sentimos como propias.